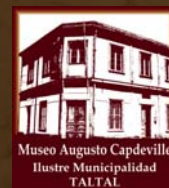


TALTALIA®

Revista del Museo Augusto Capdeville Rojas de Taltal



Revista TALTALIA del Museo Augusto Capdeville Rojas de Taltal N° 5 & 6 año 2013



TALTALIA

Nº 5-6 2013

Museo Augusto Capdeville
Ilustre Municipalidad de Taltal

Representante Legal: Sergio Orellana Montejo

Director: Rodolfo Contreras Neira

Comité Editorial

Agustín Llagostera Martínez, Universidad Católica del Norte
Patricio Núñez Henríquez, Universidad de Antofagasta
Sergio Prenafeta Jenkin, Periodista Científico
Adriana Hoffmann, Botánica

Dirección

Av. Arturo Prat Nº 5, Taltal-Chile.
Teléfono: 611 891
Correo electrónico: museo.taltal@gmail.com

ISSN 0718-7025

TALTALIA: Publicación anual del Museo Augusto Capdeville Rojas. Distribuido por suscripción y canje. Permitida la reproducción de los artículos citando la fuente.

Valor de suscripción anual con envío
E. 20 euros en el extranjero

Portada y Contraportada

En el farellón costero sobre la camanchaca. Imagen de Hans Ueberrhein, empleado de la Compañía Salitrera Alemana en Taltal.

Diagramación e Impresión
EMELNOR Impresores S.A.

CONTENIDO

CONTENTS

- 5-7** **Presentación**
Foreword
- 9-19** Nuevos sitios correspondientes al complejo cultural Huntelauquén en la costa de Taltal.
New sites of the Huentelauquén cultural complex in the coast of Taltal.
Diego Salazar, Pedro Andrade, César Borie, Manuel Escobar, Valentina Figueroa, Carola Flores, Laura Olgún y Hernán Salinas
- 21-35** *Argopecten purpuratus* en el contexto de la arqueomalacología de Taltal.
Argopecten purpuratus in the context of Taltal archaeomalacology
Catalina Soto y Ximena Power
- 37-53** Aprovechamiento de invertebrados marinos en conchales arqueológicos del arcaico medio (6.000-4.000 B.C) en la costa de Taltal: Estudios preliminares.
Use of marine invertebrates at archaeological middens on the middle archaic (6.000-4.000 B.C) in Taltal coast: Preliminary studies.
Laura Olgún Olate
- 55-72** De Punta Blanca a Punta Chacaya: Litoral atacameño visto desde los documentos historiográficos (Siglos XVI y XIX).
From Punta Blanca to Punta Chacaya: Coastal atacama as seen from historical documents (16th and 19th century).
Héctor Ardiles
- 73-87** Paposo enclave de changos, hasta comienzos del siglo XX.
Territory of the changos until the 20th century.
Sergio Prenafeta Jenkins
- 89-127** Breve historia de Taltal y la presencia alemana en el puerto a través de la fotografía.
Brief history of Taltal and the german presence through photography.
Rodolfo Contreras
- 128-130** Ecos de la ciencia en el vecindario
- 131-132** Normas editoriales

DE PUNTA BLANCA A PUNTA CHACAYA: LITORAL ATACAMEÑO VISTO DESDE LOS DOCUMENTOS HISTORIOGRÁFICOS (SIGLOS XVI AL XIX)

FROM PUNTA BLANCA TO PUNTA CHACAYA. COASTAL ATACAMA AS SEEN FROM HISTORICAL DOCUMENTS (16Th AND 19Th CENTURIES)

HÉCTOR J. ARDILES VEGA¹

RESUMEN

El presente artículo describe e interpreta fuentes y citas historiográficas referidas con el modo y estilo de vida de los antiguos habitantes del litoral de Antofagasta, entre los siglos XVI y XIX, específicamente acotado al borde costero comprendido entre Punta Blanca (22°, 17' Lat. Sur) y Punta Chacaya (22,96' Lat. Sur). La reproducción de las evidencias documentales se muestra tal como la describe el observador, la forma en la que se expresa y la interpretación que se desprende de dichos comentarios. Por otra parte el texto constituye una retrospectiva histórica, interesado en registrar contextos y comportamientos cotidianos de las comunidades costeras de Antofagasta durante cuatro siglos. El análisis de contenido, la interpretación de la documentación y la reconstrucción histórica de la trama se aprecian desde la mirada de larga duración, estableciendo períodos significativos y reconociendo las permanencias y transformaciones ocurridas en el sector, tras la llegada de los europeos. Asimismo, se describe la cultura material, productiva y cotidiana de las comunidades costeras y los dispositivos sociopolíticos modernos introducidos en la población local.

Palabras Claves: Fuentes historiográficas, Punta Blanca, Punta Chacaya, larga duración, cultura material, procesos históricos.

ABSTRACT

The present article describe and explain, sources and historiographical quotes, which relate the way and lifestyle of the ancient inhabitants of Antofagasta's coast, between the XVI and XIX centuries, specifically enclose to the coastal border located between Punta Blanca (22°, 17' Lat. Sur) and Punta Chacaya (22,96' Lat.Sur). The documentary evidences reproduction is shown as described by the observer, the way how it is expressed and the interpretation that are taken from the commentaries. On the other hand, the text contributes to an historical retrospective, representing contexts and daily behaviors of the Antofagasta's coastal communities during four centuries. The analysis of the content, the documents interpretation and the historical reconstruction of the storyline are appreciated from the long duration look; establishing meaningful periods recognizing the permanencies and transformations occurred in the sector, after the arrival of the Europeans; in the same way the material, productive and daily culture of the coastal communities and the modern sociopolitical disposals insert in the local population are described.

Key-Words: *Historiographical sources, Punta Blanca, Punta Chacaya, long life, material culture, historical processes.*

¹Profesor de Historia y Geografía U.T.A.; Licenciado en Historia P.U.C.; Investigador histórico patrimonialista del Museo Regional de Antofagasta.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo historiográfico tiene su origen en la investigación desarrollada en el marco del proyecto denominado “Elección de dieta en poblaciones pasadas de la costa de la II Región: una mirada multidisciplinaria”, presentado por el Museo de Antofagasta durante 2011, al Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial (FAIP) de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos de Chile (DIBAM), el cual subvenciona iniciativas que conduzcan a la generación de nuevos conocimientos, a partir de la valorización de las colecciones de bienes patrimoniales que poseen las respectivas entidades culturales que conforman dicha institucionalidad.

Este proyecto investigó una parte significativa de los depósitos bioantropológicos y arqueológicos prospectados en las localidades de Punta Blanca y Punta Chacaya, durante las décadas de 1970 y 1980, con el propósito de datar y evaluar sus restos óseos y artefactos arqueológicos almacenados en los depósitos del Museo de Antofagasta, para contrastar sus registros de fechado y estudiar las certezas de esa época, a la luz de las nuevas técnicas e interpretaciones en boga en el último tiempo.

Esta investigación multidisciplinaria, referida a la dieta y sus implicancias en el desenvolvimiento socioeconómico y cultural de quienes habitaron el borde costero en la antigüedad, contó también con la mirada historiográfica, a través de la cual se revisó la evidencia de la etnohistoria y los testimonios de las fuentes documentales del período colonial y republicano, en la zona referida al litoral comprendido entre Punta Blanca, por el Norte, y Punta Chacaya, por el Sur.

De esta manera, este artículo amplía y resume el repertorio historiográfico visto en dicha investigación, reproduce los textos y presenta el comportamiento socioeconómico y cultural de las comunidades costeras de Atacama entre los siglos XVI y XIX, desde una perspectiva de larga duración; dando a conocer su cultura material y productiva vinculada con procesos históricos globales.

Por consiguiente esta publicación, de acuerdo con la mirada historiográfica, se preocupa por caracterizar, describir e interpretar los documentos visibles y/o monumentos invisibles que permitan inferir y comprender el modo y el estilo de vida de las comunidades costeras del litoral de Atacama entre los siglos 1500 y 1800.

PERIODIZACIÓN Y CONTEXTO

Los testimonios de la costa de Atacama dejados por los cronistas, viajeros y expedicionarios europeos vinculados con el orden administrativo, mercantil o científico entre los siglos XVI y XIX, corresponde a la expansión del proceso de modernización de Europa occidental, cuya intervención cultural implementa en el “nuevo mundo” modelos económico sociales y culturales de orden globalizante, los cuales con el tiempo van a contribuir a anular o reforzar algunos aspectos del quehacer innato o tradicional de los habitantes nativos del litoral.

Para entender dichos procesos, analizar sus antecedentes y reconocer sus consecuencias, identificamos tres etapas históricas de interacción que generan características bien determinadas en lo político, económico y cultural.

El primer período, se produce en la zona al momento del contacto europeo – indígena, durante el siglo XVI, donde la interacción se desarrolla en torno al trueque, entre navegantes y pescadores del litoral, destacando preferentemente la localización del recurso hídrico como vehículo de penetración temporal en el contexto del viaje de descubrimiento y la exploración geográfica.

El segundo momento transcurre durante los siglos XVII y XVIII, cuando predomina el mercantilismo, el monopolio comercial y la política imperial basada en la consolidación jurídico – política del territorio, la sujeción de la población (ayuntamientos, repartimientos, pueblos de indios), la dependencia productiva (merced, encomienda, mita, tributo), el

control de rutas comerciales (circuito de convoy de flota, sistema de navegación de registro) y la fiscalización marítimo – comercial y defensiva (aduanas, fortalezas, defensas costeras, empalizadas fronterizas). En esta época el litoral se convierte en ruta de contrabando, mercado dinámico para las pesquerías locales y corredor activo de intercambio comercial con el interior andino, alto peruano y salteño; todo ello focalizado alrededor del asentamiento permanente de Santa Magdalena de Cobija.

El último período está relacionado con el quiebre institucional hispanoamericano y la conformación de los estados sudamericanos, durante el siglo XIX. En esta fase el litoral constituye parte de la república de Bolivia. Bajo su administración, el sector costero inicia la sistemática explotación de la industria minera metalúrgica, la habilitación portuaria, fabril y naviera dispuesta para la comercialización internacional de las potencias imperialistas europeas y norteamericana, a través de la oferta minera (plata, cobre), sustancias propias del litoral (guano, salitre), materias primas del interior (cascarilla, auquénidos, etc.) y la demanda de bienes importados (camellos, artículos suntuarios, etc.). Esta actividad se desarrolla en forma positiva, generando múltiples efectos para los habitantes asentados en el borde costero del Pacífico atacameño.

MARCO HISTORIOGRÁFICO: FUENTE DOCUMENTAL

La presentación de los documentos y el análisis de los mismos, se realiza desde lo más cercano (siglo XIX) a lo más lejano (siglo XVI), reconociendo las transformaciones socioeconómicas y culturales, inducidas a partir del contacto entre poblaciones originarias y forasteras; también se perciben las permanencias y rupturas, originadas en la sociabilidad cotidiana, valorando su modo y estilo de vida, especialmente reflejados en su práctica alimenticia, el comer y beber habitual, y la apreciación que de ello registra la historiografía.

De este modo iniciamos la descripción de las localidades del sector con los antecedentes proporcionados en el texto “Jeografía Náutica de Bolivia”, escrito por el oficial de la armada chilena Ramón Vidal Gormaz, libro publicado antes del conflicto bélico entre Bolivia, Chile y Perú (2ª edición de 1879). Esta obra representa el diagnóstico de un perito contemporáneo, quien observa la realidad económica, social y geográfica del área en estudio (Punta Blanca, Cobija, Guasilla y Punta Chacaya), bajo la óptica del interés capitalista y la contingencia geopolítica. En este relato, Vidal Gormaz entrega, tras cuatro siglos de interacción e intervención occidental sobre el territorio, una interesante mirada y síntesis de la realidad histórica del sector. De tal manera sus apuntes y apreciaciones del lugar permiten visualizar la situación en la que se encuentran las comunidades costeras durante la segunda mitad de siglo XIX.

DE PUNTA BLANCA A PUNTA CHACAYA

El relato de Vidal Gormaz indica que Punta Blanca se reconoce como un lugar “un tanto sucio”, ubicado al noreste de Cobija, el cual “ofrece un mal surjidero... i solo de manera ocasional se presta para embarcar metales de cobre.” (Vidal Gormaz, 1879:32). Más acá está Guanillo, donde “...no hai agua fresca i la que se usa en el establecimiento se obtiene por medio de un aparato de destilación.” (Ibid: 32); encontrándose la Caleta Guanillo, ubicada “a 6 millas al N 1/4 O de Cobija, (...) El establecimiento i los hornos de fundición se hallan cerca de la playa. Los metales se llevan al embarcadero por un ferrocarril de mano a lo largo del muelle, para hacer en seguida el embarque por medio de un pescante, bajo el cual las embarcaciones pueden permanecer con toda comodidad i en todo tiempo.” (Ibid: 32).

Contigua a dicha localidad surge “la rada de Gatico (Caleta Cobre) Esta ensenada se encuentra a dos millas al NNE del surjidero de Cobija es muy cómoda para cargar cobre, por

que se puede fondear a mui corta distancia de tierra.” (Ibid: 31). Además “el embarque del mineral de cobre se hace en sacos, sobre balsas que lo trasportan a embarcaciones fondeadas cerca de la tierra. De esta manera se pueden embarcar hasta cincuenta toneladas diarias.” (Ibid: 31).

Según el autor, “la población de Gatico es muy pequeña, se encuentra vecina a la playa arenosa que se halla al SSE del surjidero, i se halla espaldeada por elevados cerros que se empinan hasta 1006 metros sobre el mar.” (Ibid: 31). En su planicie se distinguen unas **rancherías**, que se hacen visibles “desde 4 millas afuera” (Ibid: 32), también existe un muelle, situado al sur de la ensenada.

Detrás de Gatico emerge Cobija, el asentamiento histórico más conocido y descrito de los que se hallan en la zona. El

puerto de Cobija, presenta en esta época, un desembarcadero “menos peligroso, desde que se construyó el muelle, pero cuando hai un poco de braveza el atracadero es difícil, i el trayecto de las embarcaciones menores por el estrecho canal que forman los arrecifes, exige cierta práctica para salvarlo sin peligro.” (Ibid: 29). Sin embargo, a mediados de 1870, el puerto cuenta con un muelle, aduana, cuarteles i otras obras que demuestran sus adelantos durante los últimos años. (Ibid: 29). La población de Cobija, muestra “grandes progresos tanto en el desarrollo de su comercio como en construcciones, lo que hace que cada año sea más concurrido de buques”, (Vidal Gormaz, 1879:29); contiene unas “dos mil almas, sin tomar en cuenta los mineros que trabajan en los minerales vecinos; pero entre los habitantes abundan mucho los extranjeros i especialmente los chilenos.” (Vidal: 29).



Luego viene Punta Tames, ubicada a “trece millas al Norte de Chacaya, (...) que despide algunos farellones pocos salientes. La costa intermedia es elevada i limpia, ostentando fuertes ribazos cerca de la playa.” (Vidal: 28). Enseguida se halla Caleta Gualaguala, al norte de punta Chacaya. Ésta presenta “buen fondeadero para buques, en 13 metros de profundidad, arena i conchuela. Se embarcan por esta caleta minerales de cobre i los buques surjen para esto cerca del muelle, el cual se halla provisto de un pescante, el cual facilita el embarco i el desembarque. El transporte de los metales se hace por medio de un tramroay (tramway) desde el establecimiento.” (Ibid).

Al final llegamos a Punta de Chacaya, límite sur del área en estudio, según Vidal Gormaz, se localiza a “doce millas al N 70° E de la punta de Angamos que es el primer accidente roqueño que ofrece por el N. la costa oriental de la bahía de Mejillones. La punta es de mediana elevación i sin riesgos insidiosos.” (Ibid: 27); además entre punta Chacaya y Caleta Gualaguala, llaman la atención “dos pequeñas (puntas) denominadas Chacaya i Hornos, pero solo son frecuentadas por los **pescadores**; sus playas son batidas por una fuerte marejada que las hace inútiles para otro servicio que la pesca.” (Ibid).

LOS ÚLTIMOS “CHANGOS”

De la descripción anterior, Vidal Gormaz menciona, entre Chacaya y Gualaguala, la existencia de actividad pesquera “por medio de la red i del anzuelo” (Ibid) indicando que era “mucho más abundante en las costas de Chacaya, al noreste de la bahía (de Mejillones). Sus playas abundan también en ostiones, choros, locos, tacas, erizos i otros moluscos.” (Vidal: 27). Por otro lado, señala que en los cerros “se encuentran abundantes quiscos gigantes (cactus) que los habitantes utilizan como buen combustible cuando están secos.” (Vidal: 28).

Al mismo tiempo, capta la presencia de un pueblo de aborígenes en la localidad de Punta Arena, “ubicada a unas 16 millas al N 4° O.

de cabo Paquica. Es baja, arenosa i circundada por rocas. Por el N.E. se encuentra la Caleta Arena en la cual se puede fondear en 18 metros...en la medianía del tramo de costa anterior i al pie de una altura notable, existe un pueblo de **aborígenes pescadores**, i 4 millas al Sur de Arenas se deja percibir la quebrada de Iquique.” (Vidal Gormaz: 34).

En resumen, las anotaciones de Vidal Gormaz reconocen “unas rancherías” al sur de Gatico, un reducto de “pescadores” cerca de Chacaya, y un pueblo de indios en Caleta Arenas. En los dos primeros casos, el autor los califica como rancherías y pescadores, pero no los distingue como pueblo. En este sentido, al parecer, una de estas localidades aún estaría siendo ocupada por una comunidad indígena (Punta Arena) y las otras sólo corresponderían a asentamientos de pescadores con características distintas (no originarias). Sin embargo, en los tres lugares mencionados se están ejerciendo prácticas de caza, pesca y recolección marina.

En el contexto de esta mirada postrera de la actividad pesquera en la zona, Vidal Gormaz recuerda que hacía “pocos años atrás se usaban en esta costa unas balsas de pellejos de lobo marino, destinadas a la pesca i al embarque de la carga en las costas bravas; más al presente se han extinguido del todo i (han sido) reemplazadas por unas pequeñas embarcaciones planas que llaman cachuchos, manejados por un solo hombre con dos pequeños remos. La guerra peruano – chilena ha contribuido por mucho a su exterminio con notable perjuicio de los aborígenes pescadores, pero con marcadas ventajas para la industria pesquera.” (Becerra, 2007:24).

En estas circunstancias, durante la década de 1880, la balsa de cuero de lobo marino inflado parece estar siendo desplazada por la historia y comenzado a anidarse en el ámbito de la memoria. Esta evocación nos obliga a preguntar por el uso de la balsa de lobo marino inflado durante esta época. Según el historiador Oscar Bermúdez Miral estas embarcaciones se siguieron utilizando, hasta bien entrado el siglo XIX, “para transportar cargas pesadas, incluso productos minerales” (Bermúdez1968:35), debido a que en “puertos

y caletas del norte, (...) no se contaba con muelles largos que se extendieran más allá de las rompientes, lo que hacía difícil que las lanchas se acercaran a las caletas de embarque. En consecuencia, las balsas eran empleadas para llevar los sacos de salitres u otras cargas desde la playa, hasta las lanchas, las cuales las conducían al costado de los buques exportadores.” (Ibid: 37).

En el litoral estudiado, los empresarios de Cobija prestaban el servicio de transporte a través de balsa a los exportadores del salitre tarapaqueño. En 1872 la firma Soruco y Cía., empresa de Tarapacá, solicita al empresario español, residente en Cobija, Juan José Aguirrezavala y Cía. (Bermúdez, 1967:36-38), la provisión de “8 a 12 pares de balsas de cuero de lobo, nuevas, que necesita con urgencia para el embarque, pidiendo que, de no poder adquirirse en Cobija, se hiciera su compra en la caleta de Paposo.” (Ibid).

De tal manera la balsa y el balsero aparecen aún como el vehículo y el motor de una economía regional tradicional, adaptándose a las nuevas demandas de la producción emergente en el litoral peruano – boliviano. Esta operación y productividad, a mediados de siglo XIX, no fue menor, dado que “los sacos de salitre tenían entonces un peso de 300 libras, ósea 138 kilos. Sin embargo los cargadores se los echaban al hombro con la mayor facilidad, corrían el nada corto trecho que separaba las bodegas de las balsas, y a veces metidos en el agua hasta la cintura, mientras el balsero sujetaba la embarcación, los dejaban caer con precisión matemática en el sitio conveniente para que ésta quedara bien estivada. Después el único tripulante, arrodillado sobre los sacos, la dirigía hasta el barco con un remo de dos palas. Formidable demostración de fuerza y de pericia, que siempre causó el estupor de cuanta persona tuvo la oportunidad de verla.” (Wormald Cruz, 1968:67). Esta faena portuaria se realiza de manera rápida y continua; aunque “el trabajo se hacía, por lo general, en forma descansada, salvo que hubiera necesidad para un esfuerzo especial; en ese caso era posible, con preparación anticipada, entregar hasta 2.000 toneladas en un día” (Bermúdez: 39). Para ello, se llegan a emplear “más de 50 balsas

con sus respectivas cuadrillas” (Ibid: 40).

La expedición científica al mando de A. Vaillant durante los años de 1836 y 1837, menciona que el balsero va “montado sobre su balsa, él no teme ni volcarse ni vararse en la playa debido a un mar bravo. Él desembarca con seguridad al medio mismo de las olas.” (Lofstrom 1991:74). Al mismo tiempo, en septiembre de 1832, el médico cirujano William S. W. Ruschenberger, observa que la balsa de Atacama posee proporciones mayores a las existentes en el sur del territorio, indicando que “la balsa que se utiliza aquí es parecida a la de Coquimbo, pero más grande, y tiene una cubierta de cuero seco de buey o de foca que se extiende entre las dos bolsas de aire.” (Lofstrom: 54). Además afirma que tanto las balsas como sus propietarios se ven “en todos los puntos de la costa, y a veces a 20 leguas de su punto de partida.” (Lofstrom:48).

Para D’Orbigny “esos barcos livianos” sirven para “el contrabando entre los comerciantes del país y las naves ancladas en la rada..., por eso cada casa (comercial) tiene un balsero titular, siempre depositario de grandes riquezas y, personalmente siempre en la miseria más absoluta, tanto él como su familia. Hombres abnegados, esos balseros están dispuestos a todo. Su probidad es reconocida, al punto que nunca se los desconfía, aun cuando son instrumentos de una operación importante y encargados de enormes valores.” (Lofstrom: 48).

Por su parte Ruschenberger se refiere al aspecto físico de estos balseros pescadores, diciendo de uno de ellos que “era un indio bajo y robusto, de edad bastante avanzada, de cabellos largos, negros y canosos que colgaban debajo de un sombrero chato de paja, de ala ancha, y bastante mal tratado. Vestía un saco corto y pantalones aún cortos de una tela azul vieja y lo que quedaba de un poncho multicolor ceñía sus lomos. La piel que cubría su cara y cuello era de color cobrizo oscuro,... musculoso. Su nariz era chata y estrecha donde se unía con el os frontis, pero (no) era plana como el tipo africano, y el ángulo de su cara era igual al de la raza caucásica o europea. Sus ojos eran pequeños, negros y bien separados,

y aunque no parecía bizco, los ejes parecían inclinarse mucho el uno hacia el otro... pómulos altos y una figura bien conformada (...) No obstante no tienen un aspecto feroz, sino por el contrario muestran una expresión agradable, jovial, y de buen humor que les recomienda.” (Lofstrom: 53-54).

En tanto, D’Orbigny (1832) indica que su color es idéntico al de los Aymaras y Quichuas, “aunque algo más pronunciado, hollín negruzco. Su talla es también más o menos la misma, si no más pequeña todavía... con lo que hemos visto, podemos creer que no llega, termino medio, mas que a 1,60; no encontrando quien supere los 5 pies 1 pulgada (1,65)”. A su juicio, la diferencia de éstos en relación a los pueblos circundantes es su nariz mediocre “casi nunca aquilina. Es, por el contrario, estrecha en su extremidad, aunque algo alargada en las fosas nasales”. Además advierte que ellos, al parecer, tienen un carácter “dulce y afable; son serviciales, abnegados y hospitalarios, a la vez que sumisos al máximo a las leyes del país. Parecen muy unidos en la vida familiar.”

Las mujeres “son proporcionalmente más pequeñas que los hombres, sus formas son más grandes y cortas, sin que el pecho tenga, empero, tanto desarrollo... Viven constantemente a orillas del mar, por donde generalmente ambulan.” (D’Orbigny, 1944:196-198). También menciona que algunas de ellas visten “de negro, llevando con una correa apoyada en la frente, una cesta formada con algunos pedazos de madera divergentes (morral) Esas canastas sostenidas por una cincha que llevan en la frente y las apoyan en las espaldas, llevan en ellas las provisiones y las criaturas...venían a buscar agua de dos leguas de distancia, desde una mina de cobre entonces en explotación.”

Al parecer estas mujeres venían desde los alrededores de Gatico, cuyas minas poseían toldos. En relación a este asunto, existe la referencia de Ruschenberger, quien en la misma época señala que “a mil pies más arriba (se veía) un pequeño toldo blanco entre varios cactus grandes,...después de mucho trabajo (llegamos a él). Alrededor del Toldo

había media docena de chocitas construidas de piedras sueltas y ramas de cactus, con capacidad apenas para dos o tres personas. Entre las chozas había unas 20 mujeres y niños sentados sobre piedras y rodeados de pequeños montones de minerales. Rompían las piedras a las cuales los minerales estaban adheridos, escogían el mineral y botaban la piedra. Utilizaban martillos de doble cara que pesaban unas tres libras. Las mujeres y los niños estaban vestidos con géneros burdos de lana y no tenían ni la menor protección contra el sol ardiente.” (Lofstrom: 44).

Los textos muestran como, a mediados de siglo XIX, la faena minera representa en la costa de Atacama una actividad moderna, evidente y envolvente, la cual capta parte de la mano de obra originaria y, especialmente, forastera, venida desde Chile, otros países del continente y el mundo. En este aspecto sobresale la descripción de D’Orbigny y Vaillant (1836).

D’Orbigny apunta que “todos los puntos rocosos, bastantes altos para estar al abrigo del oleaje, quedan teñidos de blanco,...esa materia blanca, en capas muy espesas, era simplemente estiércol de pájaros, conocido en el país con el nombre de guano (constituyendo) una de las principales ramas del comercio de la costa.” (Lofstrom: 44).

Al respecto, Vaillant en “La Bonite” indica que al ingresar a la rada de Cobija se divisan hacia el sur “dos rocas negras que (...) están cubiertas de guano cuyo teñido blanco les hace distinguir fácilmente. Comentemos de paso que este guano era objeto de comercio para los costeños, quienes lo recogían y vendían como abono.” (Lofstrom: 69).

La creciente demanda de abono y metal rojo producto del impacto demográfico, urbanístico y económico desarrollado por la revolución industrial en Europa Occidental genera, durante este período, la inversión e implantación de tecnología metalúrgica (fundiciones), dispositivos industriales para el procesamiento de agua (destiladoras de agua de mar) e instalaciones portuarias (muelles, pescantes y andariveles, etc.). Todo ello impulsa la contratación de mano de obra que



El puerto de Cobija a mediados del siglo XIX. Ilustración de Touchand, grabado por Bichebois, Londres.

atrae la inmigración y provoca una conversión productiva y laboral en la población nativa del litoral.

A pesar de la incorporación sistemática de nuevas técnicas y procedimientos fabriles en la economía costera, una parte de la población continúa ejerciendo actividades y prácticas vinculadas con el perfil económico tradicional. En este sentido, algunos de ellos siguen viviendo de la pesca, quizás combinando labores modernas con prácticas ancestrales. Por ejemplo, D'Orbigny afirma que el único medio de subsistencia de la gente del litoral sigue siendo la caza y pesca, colocando todo su arte en ello, a través de "sus embarcaciones (...) pequeños navíos formados con dos odres de cuero de lobo marino inflados y atados entre sí, (...) Sobre esta ligera embarcación cazan a los lobos en los peñascos y escrutan el mar para descubrir los peces, que arponean con una destreza extraordinaria". Ruschenberger (1832) observa a los balseiros pescadores trayendo a Cobija "pescados lindos y grandes que habían pescado con arpón entre las rocas del promontorio", según él, "era la única manera de pescarlos" (Lofstrom: 54). Una

vez más, la balsa adquiere una dimensión temporal transversal y de uso latitudinal; la cual lo transporta "a alta mar; allí espían a los peces, los siguen con mirada penetrante en el medio de las olas y eligen el momento favorable para arrojar con extrema destreza un pequeño arpón, que difícilmente no alcanza su objetivo." (Lofstrom: 48).

Además, ya hemos referido al pueblo de aborígenes que menciona Vidal Gozmas, ubicado en Punta Arena, y al reducto de pescadores, cercano a Chacaya, aunque ambos asentamientos tienen características distintas. En los dos - al parecer - se continúa con la práctica de caza, pesca y recolección marina de estilo ancestral.

MIL OCHOCIENTOS: MODERNIDAD Y ANCESTRALIDAD

La vida cotidiana de los habitantes de la costa durante el siglo XIX resulta compleja y multicultural. Visualmente predomina un

estilo moderno, pero aún pervive un modo de vida ancestral; localizado, reconocido y rústico, plenamente identificable con la zona. Ambos espacios coexisten, aunque sobresale el puerto de Cobija y los establecimientos de explotación minera, ubicados en torno a caletas y ensenadas cercanas a dicha localidad. Contiguo a ellos existen lugares de más difícil acceso marítimo y gran riqueza marina, bolsones óptimos de recursos pesqueros donde resalta en forma nítida el sujeto pescador y balseiro y destaca de modo activo el quehacer pesquero original. En este aspecto los registros más tardíos se refieren, como hemos mencionado anteriormente, a la comunidad de Punta Arena, por el norte, y a los habitantes de Paposo, por el sur. En ambas localidades, los balseiros pescadores fueron reconocidos por los viajeros del Pacífico sur a mediados de siglo XIX y aún divisados durante la época de conflictos bélicos entre 1879 y 1891. Tras este período su rastro se tiende a perder. Sin embargo, antes de esta etapa, fue habitual encontrarlos por el litoral atacameño y gracias a ello obtenemos significativos

testimonios y relatos de su forma de vida y actividad productiva.

En 1870, André Bresson describe la vivienda como “una construcción muy simple (en la cual) fijan en la arena cuatro costillas de ballena (...) entonces acomodan el interior con pieles de foca o con telas viejas. En el interior no hay que buscar ni camas, ni sillas, ni mesas, el único mueble es un odre, formado por el estómago de foca (o lobo marino) que sirve para el transporte y la conservación del agua dulce que se consigue de la aguada vecina.” (Lofstrom: 55).

En su recorrido por la costa norte de Chile, R.A. Philippi (1853) señala que los llamados changos viven “sobre un armatoste de costillas de ballenas y troncos de cactus, (donde) se extienden cueros, pedazos de tela, trapos y algas.”

Por su parte D’Orbigny, en 1830, relata que los pescadores indígenas “se contentan con cuatro postes fijos en tierra, sobre los cuales extienden pieles de lobos marinos. Allí toda



Changos del siglo XIX navegando en balsa de cuero de lobo. Grabado de R. A. Philippi, 1860.

la familia, a menudo numerosa, se acuesta sobre algas secas o sobre pieles de carneros; no poseen por muebles más que conchillas, algunos vasos, instrumentos de pesca, y por alimento maíz tostado y los peces que los hombres pescan.” (Lofstrom: 47).

El hogar de una familia nativa durante esta época lo imaginamos conformado por un conjunto de chozas portátiles, armadas de material residual, cuyo interior está provisto de utensilios elementales para su descanso y consumo diario. Al respecto, las fuentes no hacen ningún alcance sobre sus costumbres a la hora de servirse los alimentos, si comen juntos como familia o lo hacen separados hombres de mujeres, si comen dentro o fuera de la cabaña y las veces que comen durante el día y los horarios de comida. Tampoco mencionan cómo comían, ni quién preparaba o sazónaba los alimentos, aunque se puede suponer la utilización de posibles cubiertos y enseres para comer y beber como cucharas, platos (conchillas) y vasos. Nada se dice de la materialidad de dichos contenedores (cerámica, madera u otros). Lo que está claro es la forma en la que depositan el agua, dentro de vejigas (odres) de lobos marinos y el uso de pieles de carneros y auquénidos, además de los instrumentos de pesca (arpones, anzuelos, redes, etc.) y la utilización de algas secas. De igual modo, al interior de la toldería, se alude a la existencia de maíz tostado y peces, los cuales se conservan y/o consumían en forma de salado o seco.

Por su parte la arqueología complementa estas evidencias históricas mediante el registro del utillaje encontrado en excavaciones ubicadas en el sector costero de Atacama, las cuales están compuestas de “fragmentos cerámicos, restos de textiles y cordelería (hilos de fibras, vegetales, lana, algodón y pelo humano), algunas piezas de madera (astil, yesquero, flotador), agujas de hueso, barba de arpón, conchas de loco, cuentas de collar e instrumentos líticos, tales como puntas de proyectil, raspadores y cuchillo; gran cantidad de plumas y caracoles, espinas de cactus y fragmentos de cobre (anzuelos y clavo) y anzuelo de estaño.” (Duran, 1995:11-13).

En agosto de 1858, Johan Jacobo Von Tschudi advierte que el consumo de pescado como base de la alimentación y actividad económica de estos habitantes había disminuido y constituía una rareza, “puesto que todos los pescadores se transformaron en mineros y ganan con la maza diez veces más que con las redes. Un solo pescador, ya viejo sigue todavía con su negocio, empero pues que muy frecuentemente es incapaz de trabajar debido al consumo de bebidas alcohólicas, los cobijanos carecen durante varios días de la semana de su plato favorito.” (Lehnert, 1996:19-20). Junto con ello, Bresson comenta que se habían hecho aficionados a la hoja de coca, “los changos (...); las mascan constantemente. Varios de ellos van a vender en los pueblos del interior el pescado seco que procuran, a cambio de este producto, a sus ojos tan precioso. Tiene para ellos un gran valor, porque posee el poder de sostener las fuerzas en ausencia de toda alimentación.” (Lofstrom, 55).

El consumo de hoja de coca, maíz tostado y bebidas alcohólicas, además de papas, legumbres, carne de vacuno y “víveres frescos i secos que se pueden procurar en la plaza, pero a precios un tanto elevados” (Vidal: 30), demuestra la posibilidad en la que se encuentra el jornalero autóctono para acceder al mercado de alimentos que se genera en torno a Cobija. Estos productos comestibles y bebestibles, frecuentemente no mencionados por los viajeros del litoral, revelan evidencias del posible consumo alimenticio vinculado al nuevo orden económico productivo que se desarrolla en el Litoral boliviano, especialmente alrededor del puerto franco de Cobija, abierto a la modernización occidental y a los flujos dinámicos con el interior andino, tanto hacia las provincias del sur de Bolivia como a las del noroeste argentino. Frente a ello, la dieta de los costeños queda expuesta al intercambio multiétnico, la diversificación de la oferta de mercaderías y bajo la dependencia de la mano invisible del mercado librecambista, que gira en torno de un mercado global, el cual se articula mediante un nuevo régimen socioeconómico y cultural, y se ordena a través de un nuevo trato laboral y productivo de orden capitalista, industrial y financiero.

HABITANTES COSTEROS ENTRE MIL SEISCIENTOS Y MIL SIETECCIENTOS

Durante el período colonial llama la atención a los europeos, según Bente Bittmann, tres aspectos de los nativos costeros del sector: su condición de vida miserable, su movilidad y el aprovechamiento de diferentes partes del lobo marino. Especial interés capta la elaboración de sus balsas y la confección de su vivienda, vestimenta, cordelería, recipientes y alimentos. (Bittmann, 1979:328). Estos rasgos se aprecian en el marco de una población concentrada y dispersa alrededor del poblado de Cobija, fundada entre los años 1611 y 1615 (Bittmann, 1979:332). En esta etapa “la población de Cobija se reduce a unos pocos ranchos de indios pescadores muy pobres”, “relativamente estable, numerosa y altamente articulada con la comunidad ecológica de la cual era parte” (Bittmann, 1979:330). Según Frezier, existían “unas 50 casas” (Ibid: 333).



Grabado de chango en balsa de cuero de lobo. A. F. Frezier (1992 [1712]).

En el siglo XVIII, Antonio Alcedo y Herrera señala que Cobija corresponde al “pueblo de la provincia y corregimiento de Atacama, en el Perú, y arzobispado de Charcas, anexo al

Curato de Chiu – Chiu, (...) fundado a orilla del mar con un buen puerto, donde se ocupa su vecindario en la pesca de congrios, que con el nombre de salados o charqueillos, llevan con abundancia a vender a las provincias inmediatas, a la sierra y otras partes; el modo de salir a pescarlos en balsas de cuero de lobo marino, llenas de aires y atadas unas con otras, en que van dos hombres; alguna vez sucede que los buefos, tiburones u otros peces grandes las revientan, y se ven en mucho riesgo los pescadores” (Alcedo 1968: 346 – 347) y, según Feuillée, se obtiene “en un solo día 500 o 600 libras de pescado seco.” (Bittmann 1979:336). Al mismo tiempo, en el pequeño Puerto de Atacama, ubicado en la desembocadura del río Loa, era muy frecuente “pescar tollo. En que abunda, y es una especie de bacalao.” (Alcedo: 113).

Respecto a las prácticas de pesca se vuelve a resaltar la pericia y el uso de la balsa de lobo, cuya maniobra y destreza en su navegación llama la atención a los visitantes extranjeros. Según Bauver, “cuando la mar está agitada, las balsas corren, más bien dicho vuelan, arrastrando una larga cuerda a la cual atan tres redes en forma de triangulo, que arrojan al turbillón. Lo retiran rápidamente y recogen uno, dos y a veces tres pescados.” (Bittmann, 1979:333). También este autor alude a la caza de guanacos en los cerros de Cobija (probablemente rebaños de llama) que “los indios los apresan gracias a perros amaestrados para este oficio” (Bittmann, 1979:334).

En cuanto a las actividades comerciales, se practica el trueque con los pueblos del interior, mediante el intercambio de pescado seco por maíz, papas, telas y, posiblemente, calabazas (usadas como recipientes de agua). Con los navíos que surcaban la costa, muchos de éstos, contrabandistas, se intercambian recursos marinos por aguardiente y otras baratijas. Según Coleti (1777), en estas costas “algunas veces se han refugiado barcos franceses dedicados al contrabando para introducir mercaderías en Potosí y sacar, en cambio, plata”. La presencia de estas embarcaciones en el Litoral atacameño atentaba contra el monopolio español en el Pacífico.

El circuito mercantil y financiero generado por la riqueza argentífera del Alto Perú constituye un foco de atracción económico y social extraordinario, cuya producción y nivel de consumo impacta positivamente en las localidades de Arica y Cobija, las cuales en mayor o menor medida se convierten en puertos de tránsito obligado para la flota naval hispana y sus aliados comerciales, de tal manera que se alberga en ellos, una infraestructura portuaria apropiada, con una faena y tráfico marítimo frecuentes, en la cual se inserta el habitante de la costa, paulatinamente empieza a relacionarse con otros estilos de vida y productos de importación, como “la azúcar, el arroz (...) y otros efectos”, valorados en el Perú hasta fines del siglo XVIII. (Hidalgo, 1983:142).

Las primeras apreciaciones de los cronistas europeos en la costa de la región reiteran y reproducen las prácticas de subsistencia de los indígenas, derivadas de la caza, pesca y trueque de pescado, a través de vías de transporte marino y terrestre. Vásquez de Espinoza señala que “los indios de la costa de Atacama, salen en balsas de cuero de lobos marino a la mar afuera a pescar” y realizan “grandísima pesca de congrios, tollos, lisas, dorados, armados, vagres, júreles, atunes y otros géneros de pescados que salpresan (sazonan) y llevan en recuas a Potosí, Chuquisaca, Lipés.”

Al mismo tiempo “cazan cetáceos de que ay cantidad en aquella costa y llevan en sus balsas”. De igual modo, Pedro Ramírez de Águila, en 1639, reconoce a Cobija como el lugar “donde se hacen las grandes pesquerías de congrio, liza, tollo y otros géneros de que se sustenta de pescado esta provincia de los Charcas; allí llega pescado fresco y de la mar, salado que se trae fresco, para las cuaresma y entre año, tollo, congrio, liza, sardina, garcielo, corvina y otros muchos”. Además, Alonso de Ovalle (1646) menciona el luce, “el cual arrancan de las peñas donde crece, como la yerba ordinaria en la tierra, y que se coge en la primavera cuando está más crecida, y puesta a secar al sol, se hacen unos panes grandes, que se estiman por gran regalo la tierra adentro, ... porque sirve para muchos géneros de guisados, en que se come.” (Ovalle, 1978:33).

VIDA COLONIAL EN EL LITORAL

En el siglo XVIII los viajeros franceses mencionan que los habitantes de la costa vestían con pieles, el varón lleva “un calzón y una camisa” confeccionado de un mismo tipo de tela. Las mujeres usan una prenda que les cubría todo el cuerpo excepto los brazos y “los niños andaban desnudos hasta cierta edad, cuando el cura los obligaba a vestirse.” (Bittmann, 1979:334). Vivían en cabañas “construidas con cuatro estacas de costillas de ballena, de unos 4 pies de altura y sus paredes eran de cueros de lobos marinos o de algas con techos en forma puntada también de cueros de lobos. En el interior tenían cueros de lobos sobre los que se acostaba la gente.” Según Vincent Bauver, estas viviendas “apestan a la distancia” (Bittmann, 1979:334).

En el siglo XVII el misionero Antonio Vásquez de Espinoza (1618) señala que los pescadores del norte “no tienen casas, mas de unos cueros de lobos marinos, con que hacen unas chozuelas para hacerse sombra, por el rigor del sol, y los quitan cuando quieren y pasan a otra parte para buscar mariscos”. El interior del hogar, según Bauver, está desprovisto de muebles, “salvo algunas vértebras de ballena que usaban como sillas” (Bittmann, 1979: 334), además se podían encontrar utensilios de caza y pesca, tales como dardos, arcos, fechas y redes. (Bittmann, 1979:336).

De acuerdo a Cañete y Domínguez, los habitantes del litoral atacameño “viven sólo de pescado, desde que aprenden a comer” (Bittmann, 1979:329), el cual lo consumen en forma cruda y, según Frezier, lo acompañan con “un poco de papas que consiguieron por trueque con los habitantes del interior” (Bittmann, 1979:334); suponemos que estas papas las comían cocidas, pero hasta ahora ninguno de los textos hace referencia al fogón familiar o comunitario, o al modo que consumían dichos tubérculos, aunque sabemos por excavaciones arqueológicas que utilizaban el “yesquero”, instrumento que servía para provocar fuego. Según los comentarios de Bauver y Feuillée, queda claro que el pescado lo preservan secado al sol y al

aire, sin uso de sal, “habiéndose previamente sacado las entrañas” (Bittmann1979: 334).

MIL QUINIENTOS: ENCUENTRO CON EUROPA OCCIDENTAL

La costa del Mar del Sur durante el contacto inicial fue surcada por navegantes europeos, quienes representan principalmente a los estados monárquicos territoriales de Europa Atlántica (España, Inglaterra, Francia); el periplo realizado por ellos corresponde al avance de la empresa de conquista y la disputa que estos países tienen por el dominio del mundo.

En este contexto la riqueza del nuevo mundo, el quiebre de la Iglesia Católica Romana, la lucha contra el protestantismo y la cruzada evangelizadora de la Compañía de Jesús confiere al siglo XVI un tiempo de extraordinarias contradicciones, cuya expresión más sobresaliente responde al vociferante humanismo, el exuberante naturalismo, el adoctrinamiento religioso y el proteccionismo político - cultural.

De este modo, los textos de esta época denotan dicha mentalidad; en ellos se evidencia la fantasía ante lo desconocido; el sentido de apropiación de pueblos y culturas; la intención para registrar y cartografiar, con precisión abstracta, todo lo que exista en el paisaje y, especialmente, el sometimiento de estados menos civilizados y la imposición hacia una sola fe y autoridad superior.

Durante el siglo XVI la costa de Atacama fue visitada por algunos corsarios y filibusteros, tales como Drake, Cavendish, Hawkins, entre otros, cuyos relatos nos muestran una mirada adversa y contrapuesta al régimen impuesto en las Indias Occidentales por el Imperio Español. Los textos manifiestan curiosidad por el estado salvaje de los indígenas, destacan su movilidad y asombro frente a los medios de transportes en los que se desplazan, las balsas de lobo marino inflado.

En enero de 1579, Sir Francis Drake bordea la costa nortina rumbo a Arica. Durante su travesía desembarca en un lugar frente a la península de Mejillones, donde intercambia con los nativos agua potable y manufacturas europeas por alimento marino. Al respecto señala, “el próximo lugar al que llegamos, el 22 de enero, era una isla que estaba a la misma altura del cabo norte de la provincia de Morromoreno. En esta isla encontramos cuatro indios con canoas, en las que se encargaron de llevar a nuestros hombres a un lugar con agua fresca en el cabo ya mencionado, en cuya esperanza nuestro General los saludó con entusiasmo (...) y mantuvo el rumbo por sus indicaciones, pero cuando llegamos al lugar y nos habíamos internado, tierra adentro, encontramos el agua, pero en menor cantidad que el vino bebido durante el viaje allí.” (Bittmann, 1984:104).

Posteriormente, en abril de 1587, Thomas Cavendish recorre el litoral atacameño; las anotaciones de la expedición indican que “Morro moreno (está) ubicado en 23° y medio, y es un excelente buen puerto”; además cuenta que llegan “con nuestro General y treinta hombres; y al acercarnos a la orilla para desembarcar, los indios del lugar bajaron de las rocas a encontrarnos, con agua fresca y leña a sus espaldas”. (Bittmann, 1984:105).

De acuerdo a los textos se infiere que los habitantes del litoral se relacionan con los extranjeros de manera amigable y que su sostenimiento gira en torno a la actividad pesquera, la navegación en balsa de lobo marino y la recolección de leña y abastecimiento de agua bebible. Esta actividad cotidiana la aprovechan para trocar con los viajeros y/o expedicionarios que se aproximan al borde costero donde ellos se encuentran dispersos en comunidades.

El uso de la balsa, según la expedición de Cavendish, es extraordinario. Para él son “canoas o botes (...) artesanalmente maravillosos, hechos de dos cueros, parecidos a vejigas y son inflados por un extremo con un canutillo, ellos usan dos de esta vejiga infladas, las que se cosen y se amarran bien con tendones de algún animal salvaje, los que

con el agua se hinchan, de modo que están tan apretadas como es posible. En estos botes se hacen a la mar, y pescan muchos peces en ellos, (...) pero las usan (las canoas) sumamente bien.” (Bittmann, 1984:105-106).

Por otra parte, el corsario Richard Hawkins comenta el requerimiento personal y laboral que opera en la costa entre el indígena y los españoles; al respecto señala que los hispanos “se aprovechan de su trabajo y navegación y los recompensan mal; están en peores condiciones que sus esclavos, a quienes deben alimentar, darles techo y ropa, y enseñarles el conocimiento de Dios; pero a estos otros (los costeños) los usan como bestias, para hacer su trabajo sin paga, o cuidados de sus cuerpos o sus almas.” (Bittmann, 1984:106). A juicio de Hawkins, los habitantes de la costa no están subyugados o sujetos todavía al sistema de encomienda y, al parecer, existe una relación contractual más libre y aún menos controlada que la establecida con los pueblos del interior de la región; por lo que cabe pensar que la colonización y la evangelización fue más tardía en el litoral; siendo “en forma organizada y relativamente permanente (...) por lo menos hacia fines del siglo XVI.” (Bittmann, 1979:330). Del mismo modo, Thomas Cavendish asegura que los pobladores de la costa “tienen un temor reverente a los españoles” y Hawkins menciona que éstos los “utilizan en sus faenas de pesca.” Este asunto denota el trato que comenzó a darse entre los hispanos y los nativos del litoral, cuando a fines del siglo XVI y comienzos del siglo XVII se inicia, sistemáticamente, el proceso de apropiación del territorio costero de Atacama. Estos comentarios de ingleses y holandeses, obviamente interesados, son significativos en la medida que permiten percibir la relación original que se produce entre español y costeño; por un lado, revela abuso y sometimiento; por la otra parte, manifiesta la sensación de hostilidad hacia la colonización española, la cual incita el asentamiento permanente de poblados tributarios y la congregación evangélica; en ambos casos, los habitantes del litoral atacameño pierden derechos y, sobre todo, coarta el desplazamiento libre y el modo de vida disperso al que están acostumbrados.

EL LITORAL DE ATACAMA DURANTE EL ENCUENTRO INDÍGENA – EUROPEO

La percepción etnográfica y exótica que transmiten los navegantes europeos del siglo XVI se aprecia en referencias que éstos hacen sobre la fisonomía del nativo costero y en aspectos de su modo de vida. En este punto, quizás el relato más fantástico corresponde a Hawkins, quien indica que los nativos de Morro Moreno eran “los más brutos que hasta ahora había visto, y excepto que tenían forma humana y lenguaje, parecían estar exentos de aquello que pertenece a hombres racionales. Eran nadadores expertos; pero a la manera a los perros de agua, se zambullen y permanecen bajo el agua un largo tiempo, y tragan el agua de mar como si fuese agua fresca de un río. Si no los viese uno, difícilmente lo creería como continúan en el mar, como si fuesen sirenas y el mar su elemento natural.” (Bittmann, 1984:106).

Por su parte, Fray Reginaldo de Lizárraga cuenta que el rostro y el cuerpo de estos indígenas está cubierto o “vuelto como costra colorada, durísimo; dicen les proviene de la sangre que beben de los lobos marinos, y por ese color son conocidísimos.” (Bittmann, 1984:118). Vásquez de Espinoza agrega: “los indios...traen los cabellos rubios como el oro, o candelas, y como andan tostados del sol, que ay en aquella cálida región, es mucho de ver sus figuras, y acataduras, negras y los cabellos rubios” (Bittmann, 1984:107), a su juicio esto se debía a que los indígenas se metían dentro de la ballena para poder sacar su carne y aceite y “se untan con aquella grasa” (Bittmann, 1984:107).

De este modo la imagen que proyecta el europeo del habitante del Pacífico atacameño en el siglo XVI corresponde a la de un ser de leyenda. En su memoria de navegante, aventurero o religioso humanista, la figura del balsero pescador, lo retrotrae a un tiempo lejano, a los clásicos mitos occidentales (sirenas); aunque en esta ocasión aparecen como seres, más bien, desprovistos de toda inteligencia, armonía y belleza; o sea, brutos,

feos y poco racionales. Gente salvaje que viste piel de lobo marino (Bittmann, 1984:118), que habitan en casas de palos levantados, cubiertos de ramas y cueros; según Cavendish, “sus viviendas...no son nada más que cinco o seis palos cruzados, que descansan sobre dos palos ahorquillados clavados en el suelo y unas pocas ramas encima.” (Bittmann, 1984:105).

La dieta de estos sujetos históricos está asociada evidentemente al patrón cultural de los pescadores tardíos, aquellos que representan la conquista de la dimensión latitudinal del mar, quienes incorporan en su nutrición “nuevos recursos marinos de mar abierto como el atún, peces de profundidades como el congrio (colorado o negro, Punta Blanca 230 d.C.) y cetáceos como el calderón.” (Museo Chileno de Arte Precolombino, 2008:27). De tal manera, poseen una selección variada de pescados y cetáceos, que benefician íntegramente (aceite y otros subproductos). (Bittmann, 1984:106).

Por lo mismo, la alimentación está basada en “pescado crudo, que huele horriblemente” y, a juicio de Hawkins, “si sacan un pez vivo del mar o tienen un pedazo de pescado salado lo devoran sin ningún aderezo con tanto gusto como si hubiese estado curiosamente condimentado, todo esto me hace creer que se sostienen de lo que cogen en el mar.”

Fray Reginaldo de Lizárraga anota: “en muchas partes de la costa beben sangre de estos lobos a falta de agua; no alcanzan un grano de maíz ni lo tienen; su comida es sólo pescado y mariscos”. (Bittmann, 1984:118).

Durante esta época, el abastecimiento de agua potable fue especialmente relevante; dadas las características de aridez e inaccesibilidad del borde costero, entre otras razones geográficas, náuticas y climatológicas, las que permiten que este elemento vital se convierta, de algún modo, en la necesidad elemental y objetiva del contacto inicial entre la cultura nativa y la europea, más allá de la curiosidad que causó la balsa de lobo en los cronistas; el recurso hídrico será la clave para el reconocimiento del territorio, la base de la vinculación económica - cultural y el motivo recurrente o frecuente de la interrelación que se comienza

articular entre los navegantes occidentales y los aborígenes costeros de Atacama.

No olvidemos que el avance hispano en la región sigue la ruta andina, la del imperio Inca, el Tahuantinsuyo, es decir, penetra desde la alta planicie al mar. La hueste viene provista de municiones y vituallas, y además en el camino se apropia de recursos de los valles u oasis que aparecen en las quebradas y cuencas que llevan a la costa. En fin, para los aborígenes de la costa, el siglo XVI implica ponerse en contacto directamente con navegantes y expedicionarios europeos de distintas nacionalidades y tratar, con ellos, libremente artilugios, baratijas y trastos manufacturados a cambio de productos marinos, madera de cactus y agua de vertientes. Esta relación, como hemos visto en páginas anteriores, con el tiempo integra nuevas necesidades e intereses, creando sistemas de organización socioeconómico y cultural, cada vez más especializados y dependientes de la economía global, dominante.

COMENTARIO FINAL

Para la historiografía el sector estudiado aparece como un lugar de memoria, donde aún se perciben vestigios ancestrales y sitios cargados de una fuerte identidad costera milenaria. El paisaje se muestra entero y atiborrado de rastros dejados por los habitantes de ayer (huesos, dientes y artefactos); además hasta hoy se pueden encontrar parte de los emplazamientos de los enclaves industriales (puertos, destiladoras de agua y complejos mineros) que se localizaron en forma dispersa en el litoral durante el siglo XIX. Estos hallazgos y evidencias revelan lo que hemos sido y lo que sucedió con las poblaciones costeras del Des poblado de Atacama, después de la llegada de los europeos al Pacífico sur.

Por otro lado, la trayectoria de cuatro siglos vista a través de los documentos marca el tránsito hacia nuevos estadios de crecimiento y desarrollo económico en el Litoral; sin duda hechos y procesos que alteran y distorsionan la vida tradicional de los habitantes costeros;

producto de ello y debido a distintos factores se inicia, sostenidamente, un proceso de reconversión socioeconómico causado por la implementación de distintos dispositivos de dominación y explotación socioeconómica y cultural (tributo, mita, encomienda, pueblos de indios). Estos mecanismos insertan a las comunidades costeras en la vorágine sistemática del trueque utilitario, la tributación concentrada y el mercado comercial global; todo articulado en torno al circuito de la faena minera intensiva, tanto guanera como cuprífera, implementada de forma “pre-capitalista” y moderna durante el período colonial y republicano y especialmente extensivo durante el último tercio de siglo XIX.

Será durante este siglo cuando se inicie con fuerza la pérdida de identidad del nativo y/o la asimilación integral de éste a la población dominante; la labor tradicional que desempeñaba en siglos anteriores (recolector, pescador, balsero, arriero, traficante, estibador, minero) se acelera y toma un ritmo cada vez más competitivo y extenuante. El régimen de servicio regulado mediante la función de encomendado o asalariado le exige cuotas crecientes de trabajo y/o tributo; naturalmente esto afecta y contrae sus prácticas culturales habituales. De tal modo hombres y mujeres fueron expuestos a tareas diarias que, antes, no desarrollaban frecuentemente. La implementación de la actividad minera a escala mercantilista e industrial ofrece a los costeños, en el aspecto económico y cultural, amplias alternativas de cambio; la pesca y recolección de mariscos en áreas de manejo productivo artesanal, conocidas y que se habían desarrollado desde miles de años. Dicho proceso conlleva la prestación simultánea de distintos servicios, dejando de lado, poco a poco, la especialización tradicional, para diversificarse y reconvertirse en pescadores, aguateros, balseros, arrieros, guías, cateadores, mineros, etc. De este modo se insertan paulatinamente en la economía capitalista predominante.

En este sentido, el proyecto financiado por el FAIP 2011, demuestra en parte este fenómeno a través del desenvolvimiento

social experimentado por el género femenino en relación a dieta y nutrición, en este aspecto, ellas se encuentran menos favorecidas; incluso la incidencia de caries y cálculo dental en hombres es significativamente mayor que en las mujeres. Es decir, los varones, en edades adultas, presentan un mayor consumo de azúcares y de proteína animal que las mujeres; quizás una respuesta para ello, está asociado o vinculado a una mayor o menor exposición de los géneros a ciertas tareas económicas derivadas del intercambio, ya sea producto del trueque y/o el contrabando. Los varones, por su actividad de pescadores, balseros, arrieros y estibadores, por causa de su movilidad y práctica laboral, están más frecuentemente en contacto con hábitos alimenticios y/o alimentos o bebidas foráneas; de tal manera podemos suponer que en algún momento estuvieron más expuestos a consumir productos alimenticios exógenos o alimentos importados, ricos en dichos nutrientes. En cambio, la mujer, al parecer, más ligada a una economía doméstica, autosuficiente, circunscrita al borde de la playa y a la elaboración del pescado y la recolección de agua y madera, está sujeta a una unidad familiar restringida, más constreñida a faenas productivas específicas y, por ende, acostumbrada a un consumo de alimentación más limitado y/o tradicional de comida, quedando más vulnerable a los vaivenes y transformaciones que puedan sufrir los recursos naturales de su entorno. Por ende a medida que éstos se hagan más escasos, más desmedrada será su condición en relación a los varones; quienes por lo visto en las crónicas y testimonios, se encuentran, tempranamente adaptados al circuito de intercambios productivos interregionales y, posteriormente, más abiertos e integrados en la economía globalizada, durante los siglos XVIII y XIX.

Por otro lado, la inclusión de pescadores en procesos mineros de la costa (Paquica, Gatico, Michilla, Mejillones, etc.), junto a los servicios de transporte de carga y pasajeros que prestan para el equipamiento industrial (plantas de elaboración, fabricas de destilación de agua de mar, centrales metalúrgicas) y portuario, conlleva la diversificación de labores y

funciones habituales (balseros cazadores y recolectores marinos), las que han de alternar y compartir con estas renovadas actividades.

La exposición a la nueva economía pre y post capitalista en la región, los deja sensibles a las transformaciones tecnológicas introducidas por la modernización industrial (contaminación, inmigración, mercado salarial, etc.) y atenta contra sus áreas de manejo en la costa, las cuales comienzan a ser ocupadas e intervenidas en forma intensiva. De tal manera el ciclo del guano, iniciado en 1842, reactivado con el descubrimiento de covaderas en Mejillones en 1862 y prolongado hasta mediados del siglo XX a través de la industria nacional de fertilizantes y la explotación de las minas de cobre, en los alrededores de Tocopilla y Cobija (Gatico, Michilla), impactan sobre el estilo de vida de las comunidades dispersas o aquellas asentadas en pueblos de pescadores (caletas); sin proponérselo y de manera inconsciente se integran naturalmente al dispositivo de dominación dispuesto por la economía librecambista de la época, ya que los recursos naturales (guano, sal, aceite de lobo, madera, aguadas, minerales, etc.) que ellos explotaban para abastecerse e intercambiar en el circuito interregional adquieren un nuevo valor y otra dimensión en el marco de los centros urbanos industriales y mineros regionales.

Al mismo tiempo, una parte de la población, frente a la intromisión de sus sectores de pesca, caza y recolección, procede a retrotraerse y emprender la retirada hacia otros lugares del litoral, quizás menos transitados, de difícil acceso y, sobre todo, depreciados por el interés capitalista, convirtiéndose en verdaderos relictos culturales arraigados a los viejos moldes de la vida tradicional, como lo que Vidal Gormaz describe en caleta "Punta Arena"; sin embargo, tarde o temprano, de igual manera se vieron atraídos, influidos o relacionados con los nuevos actores y agentes dinámicos del litoral atacameño; ya sea de forma esporádica o indirecta, fueron integrados al sistema impuesto por el mercado local y global surgido en torno a las nuevas poblaciones que habitan las ciudades puertos del Departamento El Litoral de

Bolivia (Tocopilla, Cobija, Gatico, Mejillones y Antofagasta), las cuales requieren de productos marinos frescos, agua de vertientes y otros servicios menores propios de la vida urbana moderna.

Finalmente, el período bélico que debió sufrir la costa del Pacífico sur entre 1864 y 1891 (guerra contra España, del Pacífico y civil del 91), simultáneamente con la bonanza del precio mundial del guano, plata, cobre y salitre, entre 1830 y 1930, acaba por absorber por completo a los habitantes de la costa de Atacama en la estructura poblacional de los estados nacionales que emergen a partir de fines de siglo XIX y comienzos del XX.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCEDO Y HERRERA, A. (1967). Diccionario geográfico de las indias occidentales, Volumen I. Madrid, Biblioteca de Autores españoles. Ediciones Atlas 1967: 112-113/346 -347.
- ALDUNATE, C., CASTRO, V. y VARELA, V. (2008). San Bartolo y Cobija: testimonio de un modo de vida minero en las tierras altas y la costa de Atacama, en *Estudios Andinos* N° 35, Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama, 2008:97 - 118.
- BALLESTER, B., SAN FRANCISCO, A. y GALLARDO, F. (2010). Modo de vida y economía doméstica de las comunidades cazadoras recolectoras costeras del Desierto de Atacama en tiempos coloniales y republicanos. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo I. Mendoza, Argentina.
- BECERRA, G. (2008). Reconstrucción artística de los habitantes prehispanos Taltal. Agrupación de amigos Museo Augusto Capdeville, Consejo Nacional de Cultura y las Artes, II Región; 26.
- BERENGUER, J. (2009). Innovaciones tecnológicas y conquista económica del mar. En *Pescadores en la niebla. Los changos y sus ancestros: 23-29*. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.

- BERMÚDEZ, O. (1968). Empleo de la Balsa de cueros de lobo marino en el embarque del salitre. En *Revista Universidad del Norte*, Vol. I, N° 1, abril de 1968:35-40.
- BITTMANN, B. (1979). Cobija y alrededores en la época colonial (1600 – 1750). En *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile, Altos de Vilches (27 de octubre al 1° de noviembre de 1977)*. Volumen II, 1979, Sociedad Chilena de Arqueología: 327 - 356.
- BITTMANN, B. (1983). Cobija: panorama etnohistórico en relación a los informes del Dr. José Agustín de Arze. En *Chungará N° 10*, Arica, UTA, 1983:147 – 153.
- BITTMANN B. y MUNIZAGA, J. (1984). Evolución en poblaciones precolombinas de la costa Norte de Chile. *Rev. Chungará N° 13*: 129-142. Universidad de Tarapacá, Arica-Chile.
- BITTMANN, B. (1984). El Proyecto Cobija: investigaciones antropológicas en la costa del desierto de Atacama (Chile). En *Simposio Culturas Atacameñas*, B. Bittman, Ed., pp. 99-146. Antofagasta: Universidad del Norte.
- BITTMANN, B. (1977). Aproximación a la Etnohistoria del Norte y Tierras adyacentes. En *Notas sobre poblaciones de la costa del norte Grande Chileno*, editado por J.M. Casassas Cantó.
- CONTRERAS, R. y NÚÑEZ, P. (2009). A propósito de una miniatura de balsa en Taltal, contemporánea con Chinchorro. *Taltalia 2*: 98-110.
- D'ORBIGNY, A. (1944). El hombre americano considerado en sus aspectos fisiológicos y morales. Buenos Aires, Editorial Futuro, 1944: 196 -198.
- FLORES, N., RIVERA, J. y RIVERA, F. (2005). El ayer de Cobija y Gatico. Presencia de la Iglesia Católica. Ed. Independiente. Antofagasta-Chile.
- GONZÁLEZ, J. (1992). La comisión científica española al Pacífico en Chile (1862 – 1865), *Diario de Francisco Martínez y Sáez*; transcripción y notas, Antofagasta, Ediciones Universitarias UCN, octubre de 1992:93.
- HIDALGO, J. (1983). Dos documentos inéditos y un mapa de Cobija: informe del comisionado Dr. José Agustín de Arze (1786 – 1787). En *Chungará N° 10*, Arica, UTA, 1983:139 – 145.
- LARRAÍN, H. (1977). Identidad cultural e indicadores eco-culturales del grupo étnico Chango. Norte Grande, Instituto de Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile, N° 6: 63-76. Santiago-Chile.
- LOFSTROM, W. (1991). Cobija y el litoral boliviano; visto por ojos extranjeros 1825 – 1880, La Paz, Editorial Quipus, 1991:138.
- MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO; (2008), *Pescadores de la niebla: los changos y sus ancestros*; Santiago, Quebecor World, 2008:110.
- NÚÑEZ, L. (1987). Tráfico de metales en el área centro-sur andina: hechos y expectativas. *Cuadernos Instituto nacional de Antropología 12*: 73-105.
- NÚÑEZ, P. (2003). *Vivir el mar*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad de Antofagasta.
- OVALLE, A. de (1978). *Histórica relación del reino de Chile*, Santiago, Universitaria, 3° edición, 1978:123
- TORRES, M. (1990). Así nos vio la Novara, impresiones austríacas sobre Chile y el Perú en 1859. Santiago, Editorial Andrés Bello, 166 pp.
- VIDAL, R. (1879). *Jeografía Náutica de Bolivia*. Santiago, Imprenta Nacional, 2° edición, 1879: 25 – 35.
- WORMALD, A. (1968). Pisagua, puerto mayor. En *Revista Universidad del Norte*, Vol. I, N° 2, agosto de 1968:59 -80.